

Rescate milagroso

Era un hermoso domingo. Gracias a la lluvia del día anterior el aire estaba fresco. El sol brillaba y los pajaritos cantaban alegres. En casa de doña Mercedes se habían levantado temprano. Todos se estaban alistando para ir a la escuela dominical.

–Vamos al río a bañarnos –sugirió doña Mercedes.

Los seis niños buscaron su ropa de baño para ir con su mamá al río.

Como todavía era temprano en la mañana hacía un poco de frío; pero el agua estaba muy rica. Y los niños podían calentarse en el sol.

–Yo me baño primero –dijo Elena, la hermana mayor–. Después voy a tomar un rico baño de sol –añadió mientras peinaba su largo cabello.

–Yo también puedo bañarme solo –dijo César–. Ya tengo diez años y sé cuidarme. Además el río no está caudaloso.

–Está bien –respondió doña Mercedes–. Quédate aquí cerca mientras yo ayudo a Tito. Elenita puede ayudar a las dos menorcitas.

–¡Vengan, Maribel y Rut! –las llamó Elena–. Primero voy a lavarles el cabello.

¿DÓNDE ESTÁ MOISÉS?

Pronto estaban listos César y Tito. Faltaba solamente el pequeño Moisés. Pero, ¿dónde estaba Moisés? Doña Mercedes lo buscaba desesperada por todas partes, pero no encontró a su pequeño hijo.

–Tito, corre a la casa –gritó la desesperada mamá–. Tal vez se ha ido solito, sin que nos demos cuenta.

¡Qué preocupación para todos! El pequeño Moisés todavía no había cumplido tres años. Cualquier cosa podría pasarle.

¡ESTÁ EN EL ESTANQUE!

–Mamita, mamita –se oyó la voz atemorizada de Tito–. ¡Mamita, Moisés se ha caído al estanque de agua!

Todos corrieron hacia la casa. Tito ya estaba tratando de sacar a su hermanito. Solamente los cabellos del niño estaban sobre la superficie del agua.

Tito se llenó de valor. Entrando poco a poco al estanque pudo alcanzar los cabellos de su hermanito y halarlo hacia arriba.

¡SEÑOR, SALVA A MI NIÑO!

–Jesús bendito, ayúdanos, y salva a mi hijo! –exclamó doña Mercedes entre sollozos. Ya tenía en sus brazos al pequeño Moisés; pero el niño parecía estar sin vida.

Uno de los vecinos, que también amaba al Señor Jesús, se había acercado a la casa al oír los gritos de Tito.

–Creo que está respirando –dijo, al mirar al niño–. Entremos a la casa y oraremos al Señor.

Con mucho cuidado pusieron a Moisés sobre la cama, y lo envolvieron en una cobija.

PIDAN Y RECIBIRÁN

Doña Mercedes recordó una de las lecciones que había estudiado en la escuela dominical. Era sobre la oración. El Señor Jesús dijo: «Pidan y les será concedido.»

Desde lo profundo de su corazón ella oró por su hijo:

«Amado Jesús, tú has prometido darnos lo que pedimos. Te pido que nos devuelvas a Moisés. Sánalo por completo. Confío en tu promesa.»

Doña Mercedes repitió esa oración varias veces, hasta que sintió una tranquilidad hermosa en su corazón. La presencia del Señor inundó todo su ser, y se sintió confiada en las promesas de Dios.

SANIDAD PARA MOISÉS

En casa de doña Mercedes pasaron todo el domingo orando y dando gracias al Señor. Confiaron en las palabras de Jesús:

«Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran, y se les concederá.»

Si hubieras ido de visita a casa de doña Mercedes dos días más tarde, hubieras visto a Moisés jugando como de costumbre con sus hermanos mayores.

En el dormitorio estaba arrodillada doña Mercedes, agradeciendo a Dios por la salvación Moisés. Era como si Dios le hubiera dado a su hijito dos veces.

EL MOISÉS DE LA BIBLIA

La salvación de Moisés nos hace pensar en otro Moisés, que también fue salvado de las aguas, gracias a las oraciones de su madre. **Lee la historia en Éxodo 2:1-10.**

Testimonio de una familia boliviana.



«Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran, y se les concederá.» –Juan 15:7, NVI